

COSQUILLAS

30 céntimos



RESIGNACION DE UNA
DONCELLA, por Demetrio.

¡Siempre desnudando a la se-
ñorita a quien sirvo, y yo en
cambio, como no me acueste
con zapatos y todo!...

Demetrio



Núm. 5 de nuestro Concurso de piernas.

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

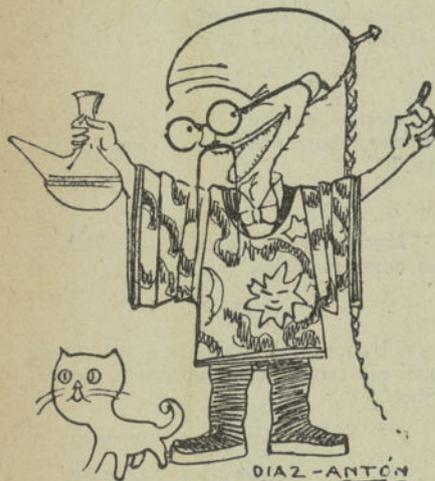
Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 22 de Octubre de 1927 Núm. 56



DIAZ-ANTÓN

Descripciones pirandelianas

por

“El Chino desconocido”

Nuestra maldad

Nuestra maldad, esa maldad interior de chimenea por dentro con que se tizna nuestra alma (¡qué bien va esto, rediez!) se enfanga hasta en ese pequeño charquito que formó la honda huella de una pesuña en la carretera...

Hay seres privilegiados, cuyos amplios horizontes les tienen acostumbrados a mirar muy lejos, que necesitan las grandes charcas para enfangarse; pero otros caemos en los pozos de diez centímetros de profundidad.

¿Cuántas veces no hemos empujado y servido de discreto alcahuete a un amigo desahuciado por los médicos secretos contra la señora que sabemos libidinosa de otro amigo a quien odiamos? ¡Y con qué infernal alegría contamos los minutos el día que suponemos que nuestra maquinación se ha logrado!... ¡Qué demoníaca satisfacción cuan-

do empezamos a notar manchitas sospechosas en el marido odiado!... ¡Qué sádica tranquilidad cuando el infeliz nos da cuenta de sus fuertes dolores de cabeza y de articulaciones... (¡Bueno, es que algunos somos como para que nos hagan rajitas!)

Sobre todo, en el estreno de una obra teatral, es cuando se desata en nuestro cerebro la tormenta de la canallada en pugna con la navecilla de nuestros buenos sentimientos. Y ese insano desconcierto que se enseñorea de nuestra mente es el mismo que rige los pensamientos de los críticos teatrales, los cuales, y a pesar de que por su cultura en punto más o menos saben ver claramente lo malo, lo bueno y lo mediano, dicen en sus crónicas las cosas más dispares.

El uno dice que los autores lograron la más fina comedia que se vió, y los otros dicen que la madre del autor no es una señora decente, juzgada a través de la labor de su hijo. Un crítico dice que la obra está presentada con fastuoso gusto y pródigo gasto; otro dice que el ridículo y la pobreza reinaron en la escena.

Un crítico, lleno de buena intención, encuentra de buen gusto los chistes que en COSQUILLAS cuestan quinientas pesetas de multa, y otro a su vez, pide un tabarrabos hasta para los acomodadores del teatro; en fin, que la maldad de unos y otros se cisca en la verdad de los hechos, aunque luego, la maldad del público se cisca en la maldad de los críticos. Porque si no le peta la obra dejan de asistir a aquel teatro aunque los críticos auguren dos temporadas en el cartel al esperpento, o porque si gusta, van, aunque el crítico rompa una gruesa de plumas escribiendo contra la obra, o se arruina la empresa a la que ellos hicieron millonaria en un vaticinio antable, y se fastidia todo. ¡Eso es lo que pasa! ¡La maldad de todos! La de todos, contando la mía también. Porque mi maldad al hacer resaltar los defectos de la opinión de todos es de aúpa.



Pronto, la crítica teatral, por “Karaba”.



¡Vaya “Almanaque de los bailes” que estamos preparando!

Pronto FRIVOLA





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

Utilidad de los catarros

Hace falta que alguien escriba un libro sobre la utilidad de los catarros. Los catarros, en efecto, son un artículo de primera necesidad. Si la humanidad no se acatarrase una vez al año, se despeñaría en los abismos de lo caótico.

Hace falta que le lagrimeen a uno los ojos, que se le tumefacten las narices, tener la cabeza hecha un bombo y sentir unas decimillas de fiebre, para recogerse en sí mismo y darse a la meditación. Ese par de días de cama, tan aburridos, son para la mayoría de los mortales de suma utilidad y provecho. Es cuando piensa uno en cosas prácticas—la manera, por ejemplo, de desempeñar las prendas de abrigo—y cuando se lee algo que merezca la pena...

Yo he sido favorecido en estos días con una de esas bendecidas molestias, y la debo la gratitud de haber saboreado despacio un ensayo del ilustre psiquiatra doctor César Juarros acerca de "El amor en España", cuya lectura recomiendo.

Si mi consejo valiera, yo aconsejaría a la casa editora del mentado librito que lanzase a la calle buen golpe de "hombres-sandwich" con sendos cartones al pecho y a la espalda, que dijeran:

"Señores, lean a Juarros.

¡¡No sean guarros!!..."

Porque lo que pretende el sabio psiquiatra es eso precisamente; que los hombres nos veamos retratados en lo que él nos dice; que nos avergoncemos de nuestro proceder con las mujeres; que no presunamos tanto de marchosos...

En la imposibilidad de transcribir páginas enteras del opúsculo me ha de ser permitido recoger de su texto algunos—muy contados—apogemas... Habla, por ejemplo, de noviazgos: "la lucha entre la ambición masculina a conseguir y la resistencia femenina a conceder", y se desata contra los noviazgos "formales".

Digamos sus palabras.

* * *

"Tales amadores no debieran casarse. En su ara no arderán, nunca, los leños sagrados de la ilusión."

"Los novios deben tener ambiente de amantes."

* * *

"Abundan los galanes que más que de la niña parecen novios de la madre."

* * *

"No es misión del noviazgo frenar las impaciencias del instinto, sino avivarlas."

* * *

"El matrimonio en frío, tranquilamente, como quien alquila un piso, es totalmente recusable desde el punto de vista de las conveniencias del individuo y de la especie."

* * *

"En la historia íntima, al llegar al recuento del pasado, las novias para pa-

sar el rato valen más, muchísimo más, que las formales."

* * *

"Un número enorme de matrimonios desgraciados no lo serían si los maridos se hubieran conducido de novios primero y de esposos luego, como con las novias sin trascendencia."

* * *

"El amor almidonado no es nunca amor, sino ficción de cretona y pino."

* * *

"En amor no hay posibilidad de embriagueces crónicas."

* * *

"El término "novia formal" ha causado más daños a la felicidad masculina que los ardores de las coquetas todas del universo."

* * *

"Decir "novia formal" equivale a afirmar aburrimiento y cadena perpetua."

* * *

"Muchas bodas parecen funerales de un amor raquítico."

* * *

Volveremos a ocuparnos del tema, que es, como puede apreciarse, sugerente...

Por la transcripción,

LEOPOLDO BEJARANO.



El.—Tengo para ti una tonelada de amor.

Ella.—Me conformo con un kilo de billetes.

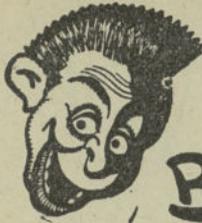
Demetrio



La señora.—Ya sabes, Justina., Si viene el pollo de ayer, hazle pasar a donde sabes, haciendo la misma combinación de ayer.

La doncellita.—¿Y también quiere la señora la misma combinación?

Dib. de Demetrio.



Cosas de Belorcio

Un caso de ablepsia (1)

Dieciocho años de cadena, ni un eslabón menos; unas quince mil pesetas de indemnización y un baldón eterno para el cálido linaje de los Belorcios.

A esa pequeñez de condena he estado abocado hace unas vespertinidades. ¿He dicho abocado? Pues ustedes disimulen que no le saque punta al retrucano. He jurado no extraerla en una temporada a causa del pánico pasado la otra noche.

¡Oh, la mujer!

¿Qué idiota dijo que la mujer es un arcano?

¡Qué salga!

¿Qué va a ser un arcano?

La mujer es muchísimo más complicada que un arcano.

La mujer es, en punto a indescifrable y sin sentido, algo más laberíntico que un artículo filatélico de don Psicopompo.

La mujer es complicada como la vida de un periodista.

¡Oh, la mujer!

—¡Hola, mujer!—exclamé gozoso al toparme en la Red de San Luis, noches pasadas con Teresita, una taquimeca gentilísima por la que andaba yo haciendo logaritmos.

Y nunca había pasado nada.

Pueriles y agitados escarceos ante la pantalla. Livianos y desinteresadísimos contactos manuales. Pero nada más. La guapísima supo resistir siempre, si no la tentación, la sugestión que yo deslizaba en sus orejitas rosadas, en momentos que se me antojaban propicios con las beatíficas intenciones de un miura. No había manera.

Acogía mis canallescadas proposiciones con una risa cristalina y un poco maquiavela y me rechazaba siempre con igual poética frase:

—¡Amos anda, Belorcio, que eres un bestia!

Empero, aquella noche...

¿Qué le pasaría aquella noche a Teresita?

Ello fué que, antes de soltar de entre las mías su manita suave y docta, arriqué mi morro a su orejita y, una vez más, la sacudí bruscamente la exposición de mi tenaz proyecto irrealizado.

Y ¡oh ventura Rodríguez 43! La chiquilla, no me rechazó con su frase acostumbrada. Entornó los ojazos y por

entre la doble fila de sus larguísimas pestañas ¡negras lanzas de amor y olé! saltó una chispa que me chamuscó el tutankamen. Y dijo, dudosa:

—Ya sería algo menos.

—Eso con verlo basta, negrísima de mi paquete vascular.

—¡Pero qué fanfarrón eres, chico!

—¿Vamos a que te convenzas?

—¡Vamos!

¡Oh, dicha! (He dicho dicha) ¡Oh,

placer! (¡Que me creía yo eso!) ¡Oh, ilusión... engañosa!

Veréis.

Un taxi raudo nos condujo a eso que los poetas llaman nido de amor y que no describo para no dejar en ridículo a los poetas. Teresita estaba desconocida.

Apenas se cerró tras nosotros la puerta del nido, procuré testimoniar que yo era un hombre eminentemente cariñoso y efusivo, sin que mi adorada opusiese la menor resistencia a mis demostraciones. Por el contrario, Teresita demostró ser también una fuente de ternura.

Un largo abrazo nos unió veintidós minutos, en el centro de la estancia. Durante nuestro efusivo enlace, imitamos con el mayor verismo la escena de una efusiva despedida en cualquier andén, del matrimonio que por primera vez se separa.

—Ea, pues ahora verás—anuncié, decididísimo y seguro de no hallar obstáculo.

¡Y aquí de lo que decíamos del arcano!

Teresita, aunque con las niñas se miraba los sesos, aunque sus labios es-



TONTERIA

¡Qué fastidio! Ahora resulta que este perrito ladra en inglés y no le entiendo.

(1) ¡Toma del frasco!

taban más húmedos que un piso bajo y aunque toda ella vibraba en un estremecimiento capaz de convertir en serrín a la estatua de Don Alvaro de Bazán, me rechazó con esta frase:

—¡Me tienes que respetar!

Al principio lo eché a broma, a resistencia púdica pero feble, e insistí.

Y nuevamente gimió:

—¡Que nó! ¡Que me tienes que respetar!

Entonces me alarmé:

—¿Qué hago yo ahora?—pensé, aludiendo a la enigmática. Y aún traté de lograr el asalto.

—¡¡Que me tienes que respetar, animal!!

¿Qué hace un hombre ante tan literaria repulsa?

Lo que yo hice... La trinqué del pelo con la siniestra, agarré, con la diestra un candelabro ¡y si no se deja!... ¡y si no se deja de tonterías... dieciocho años de cadena, ni un eslabón menos, unas quince mil pesetas de indemnización y un baldón eterno para el cálido linaje de los Belorcios!...

Que es lo que se trataba de demostrar.

BELORCIO.



—¡Qué desgraciada es la protagonista de esta novela!... ¡Es mi caso exacto! ¡Buscar la felicidad en quince hombres y no encontrarla!...

Dib. de Carboneras.



El.—Desde que te has casado, no hay quien te soporte.

Ella.—¡Pues no peso tanto!

Dib. de Carboneras.

Madrinas de guerra

Las solicitan:

Mohamed Ben Hach (sargento indígena), y Félix Sanz (soldado europeo), Harca de Melilla, primer Tabor. Campamento de Ain-Zorah.

Octavio Moreno y Juan Ruiz Maroto, artificieros de Aviación militar. Aerodromo de Nador, Melilla. Pedro Jiménez, Pascual Sánchez Escudero y Bernardino López Rodríguez, Comandancia de Artillería. Brigada Automovilista, Melilla.

Rafael Sali, de la Compañía de Mar de Melilla, Comandancia Militar, Villa Sanjurjo.

Francisco Tortadés, de la Yeguada de Smid-el-Ma, Larache.

Melchor Moreno (cabo), Mehal-la de Melilla, núm. 2, cuarta Mía de Infantería.

Adrián Sancho (cabo), Antonio Abad Hidalgo y Manuel Hermida,

del batallón de Ingenieros de Melilla, Telégrafos de Campaña, Ketama Zama Suni.

Manuel Pérez Ríos (cabo), Antonio Hernandez Romero, Antonio Martínez Rubio y Antonio Ortega Muñoz, del Regimiento de Infantería de Melilla, núm. 59, Targuist (Alhucemas).

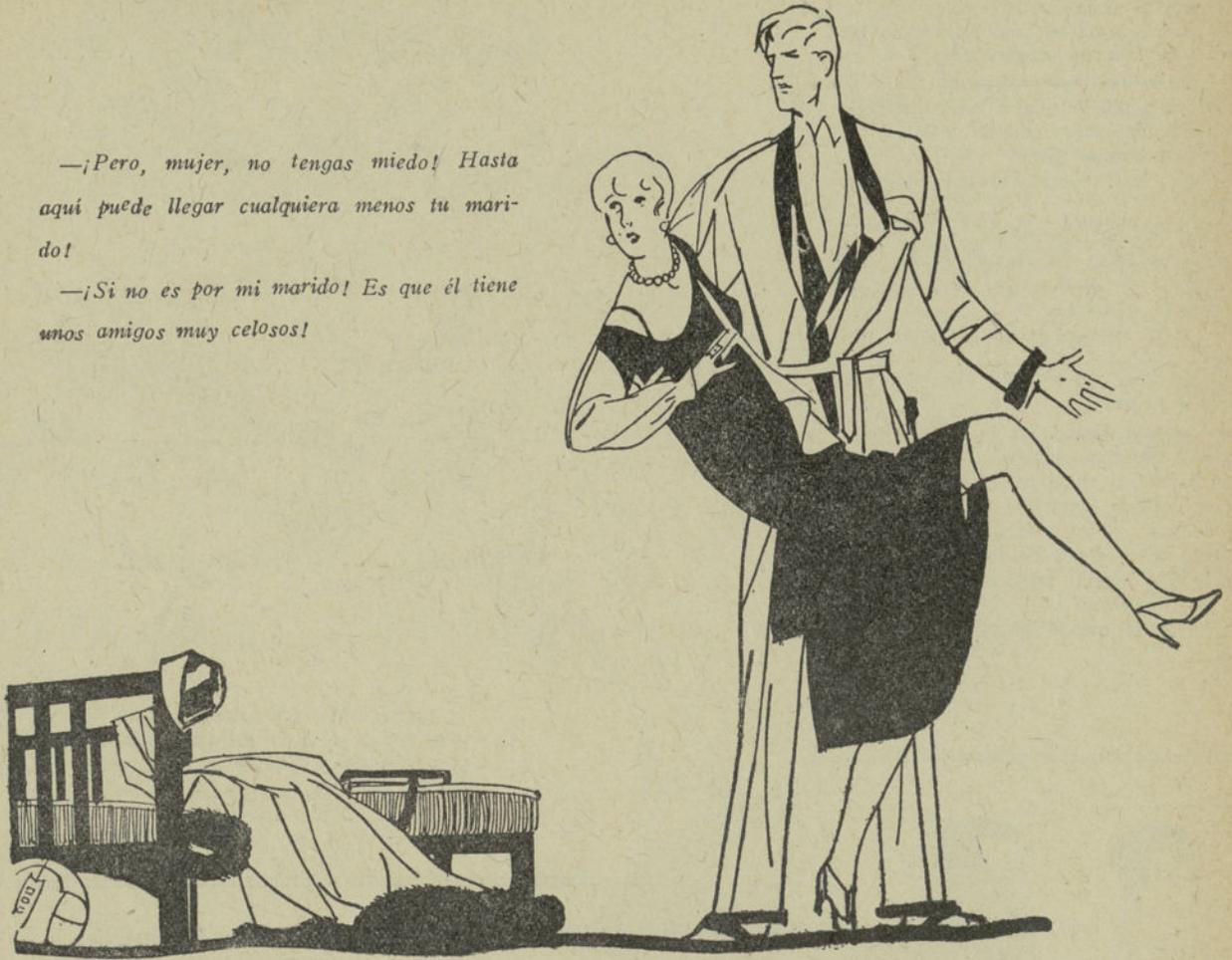
Rafael Valdés Galea y Rafael Granche (cabos), Manuel Pérez Fuentes, Manuel Paz Nabo, Mariano Lizando Galar, Manuel Fernández López, Gabriel Moreno González, Félix Pedrín Carrión, Juan Rojo Lara, Florencio Gómez Muñoz, Antonio Lázaro Montesino, Ricardo Pérez Porto, Manuel Borjas Pozo, de Regulares de Melilla, núm. 2, Plana Mayor, 2.º Tabor. Beni-Bachir (Alhucemas).

Editorial 1927

Apartado 8.032

—¡Pero, mujer, no tengas miedo! Hasta aquí puede llegar cualquiera menos tu marido!

—¡Si no es por mi marido! Es que él tiene unos amigos muy celosos!



Historietas para el the

La factura

Lilí, la celeberrima pecadora que durante un quinquenio fué el ídolo de la aristocracia galante, estaba en franca derrota económica. El tiempo, que no pasa en balde, ni aun para las beldades, su vida de prodigalidad escandalosa y su poca previsión para el mañana—ese mañana tan cruel para los que viven el momento cumbre de una belleza derrochada sin tasa—, teníanla en un momento grave de escasez y de deudas.

Por su hotel—única fortuna que conservara y para eso en hipoteca, según murmuraciones—desfilaban a diario en hostil caravana, desde la modista al zapatero, sin poder ver hecha nunca efectiva la añeja factura, y lo que era más irritante, sin encontrar nunca a la deudora que cuando menos diese la cara y sufriese el bochorno de confesar su penuria.

De nada servía el tesón y la pacien-

cia de los acreedores formados a veces en filas, horas y horas, en el salón de recibir en espera de que por casualidad arribase la dueña del inmueble; día tras día, Lilí se hacía más invisible, al menos en su casa, y los acreedores, desesperados, habían de volverse por camino que traieran, sin llevar ni aun la esperanza de una promesa de pago más o menos lejana.

Un día, Madame Robinet, la modista de Lilí, a quien ésta adeudaba ya una respetable suma, cansada de tanta demora, llamó a Soledad, una de sus más avisadas oficiales, y la dijo:

—Es necesario que no vuelvas hoy sin haber visto a esa tramposa aunque para ello tengas que pasar la noche en el recibimiento de su casa. En ti confío.

—Esté usted tranquila que de esa me encargo yo—dijo Soledad. Y se fué como una bala al hotel de Lilí.

—La señorita no está en casa—respondió, como siempre, la fámula de la pecadora, que ya debía de saberse la lección sin titubeos de ninguna especie.

—Bueno—replicó Soledad—la esperaré hasta que vuelva.

—Es que no sé si volverá—contestó la doncella.

—Me es igual—replicó con flemma la modistilla—, pienso instalarme en su cuarto hasta que venga, de modo...

—Eso...—arguyó alarmada la fámula.

—Eso es la fetén, que decimos por mis barrios. Y dando un recio empujón a la doncella, se internó resueltamente hacia las habitaciones privadas de la pecadora.

Fueron inútiles las protestas escandalosas de la guardiania. Soledad con mucha calma penetró en el dormitorio de Lilí, y despojándose de sus vestidos tranquilamente, la dijo mientras se zambullía olímpicamente en el suntuoso lecho:

—Cuando venga su señorita, le dice usted que aquí hay una señora que desea verla.

Y alargando majestuosamente su brazo desnudo por entre el encaje de las sábanas, tomó una novela que la pecadora tenía sobre la mesilla de noche, y se puso a leer tranquilamente.

—¡Le digo a usted que la señora no está en casa!

—¡Le digo a usted que sí!

—¡Y yo le digo a usted que no! ¿Lo irá usted a saber mejor que yo que soy su doncella?

—Claro que lo voy a saber, cómo que usted me la niega por sistema y yo no estoy dispuesto a pasar un día más sin cobrar las quinientas pesetas que me debe de zapatos. Es ya mucha la paciencia que he tenido conformándome todos los días con el disco de "la señora no está en casa"

Este diálogo, como supondrá el lector, lo sostenían a viva voz la doncella de Lili y el zapatero de ésta.

—¡Bueno, pues le digo a usted que no está!

—¡Y yo le digo que eso lo veremos! Y dándole un recio empujón, penetró pasillo adelante en busca de la deudora, no sin tener que soportar las protestas de la doncella, más que irritada por el doble asalto a la morada.

El zapatero, como una tromba, recorrió varias habitaciones hasta llegar al dormitorio de Lili. La luz discreta que arrojaba la lámpara roja del centro de la habitación y la silueta, un poco confusa de Soledad dentro del lecho, le hicieron lanzar un grito de satisfacción creyendo segura su presa.

—Señora—rugió—, es inútil que se oculte usted más. Vengo decidido a cobrar y...

—¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí? —preguntó Soledad incorporándose en la cama, un poco alarmada al oír una voz masculina.

El zapatero altamente asombrado al encontrarse ante una mujer que no era Lili, baubució:

—Señorita, perdón..., yo creí que era la señorita Lili, a quien trato de cobrar una cuenta, y me permití...

Soledad rompió a reír de un modo contagioso.

—¡Ah, de modo que usted viene a lo mismo que yo...!

—¿Cómo?—preguntó el pobre hombre desconcertado—. ¿Que usted viene a cobrar también?...

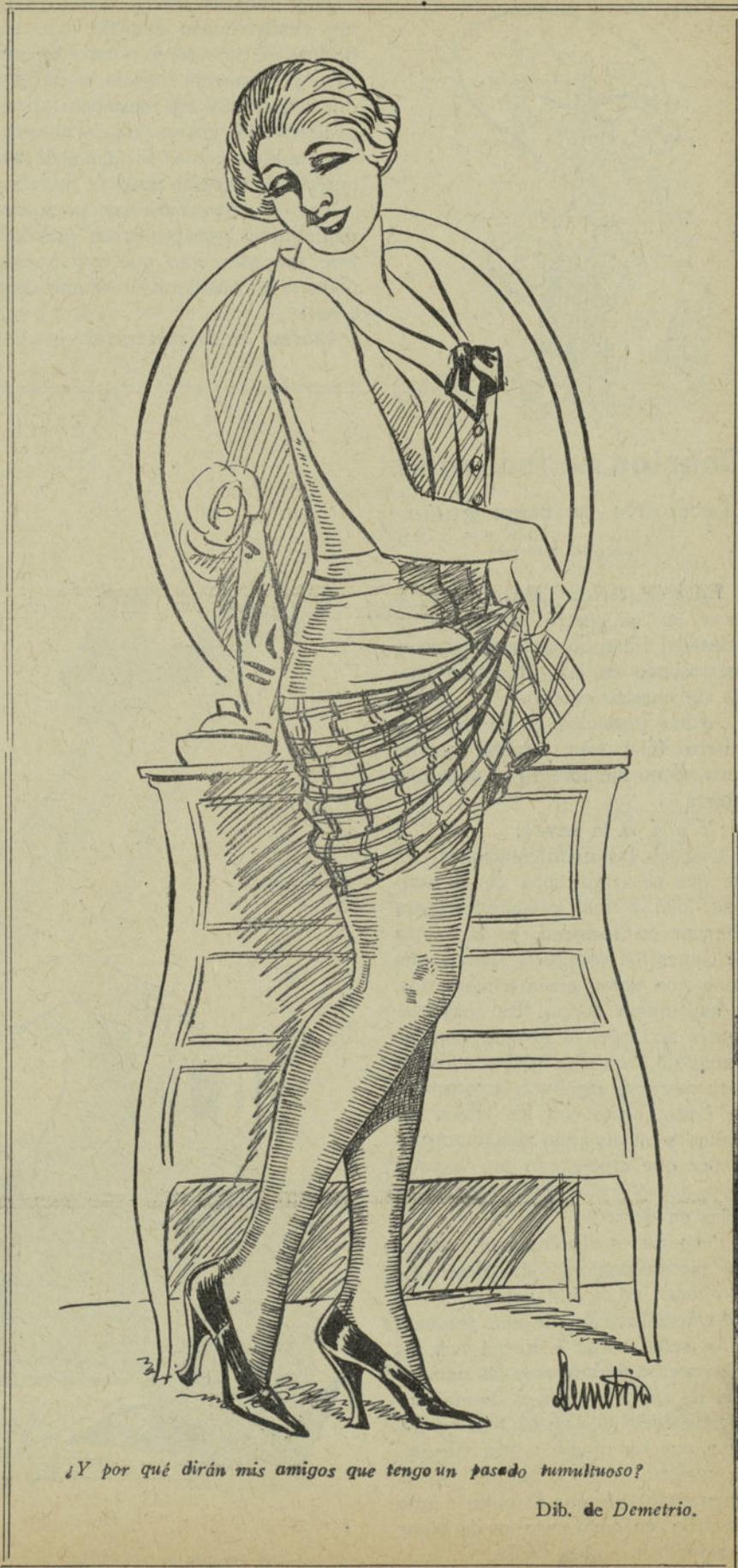
—Sí, señor; pero como aquí hay que esperar demasiado y en previsión de que la señora tarde, me he decidido a esperarla en la cama para que se me haga menos pesada la espera.

El zapatero, después de una pausa indefinible, rompió a reír también de excelente modo, y empezando a despojarse de la americana, con gesto ceremonioso, exclamó:

—¡La idea me parece excelente, señorita. Así es que le ruego me haga usted un sitio y la esperaremos juntos...

.....

FIDEL PRADO



¿Y por qué dirán mis amigos que tengo un pasado tumultuoso?

Dib. de Demetrio.

¿Han comprado ustedes ya el número extraordinario de la Biblioteca de Cosquillas? ¿No? Pues apresúrense, que se está agotando.

Precio: 60 céntimos ejemplar.



Charlas de Incórdiez

Lecciones de buen gusto

(Lección tercera)

En esta tercera lección voy a tocar en los cuatro puntos cardinales del hurgado de las narices y del rascado en las diferentes partes de nuestro cuerpo.

Arduo problema el de llevar a puerto feliz esta tercera lección, pero yo no me arredro ni ante una suegra.

¡Y allá va la nave!:

Una de las manifestaciones con las que se comprueba de si estamos bien o mal preparados para alternar en sociedad, es la forma de comer los *cacahuets*. Hay quien pone una voraz ansia al comerlos, y hay quien adopta las más elegantes actitudes al apretar con las yemas de los dedos pulgar e índice para cascar el cacahuet, cuyo aceitoso fruto, come con los labios cerrados y masticando discretamente al par que arroja con un elegante gesto las cáscaras, como sembrándolas en derredor.

Pero no es absolutamente eficaz esa piedra de toque de comer los *cacahuets*, en la indagatoria de estado de educación de una persona.

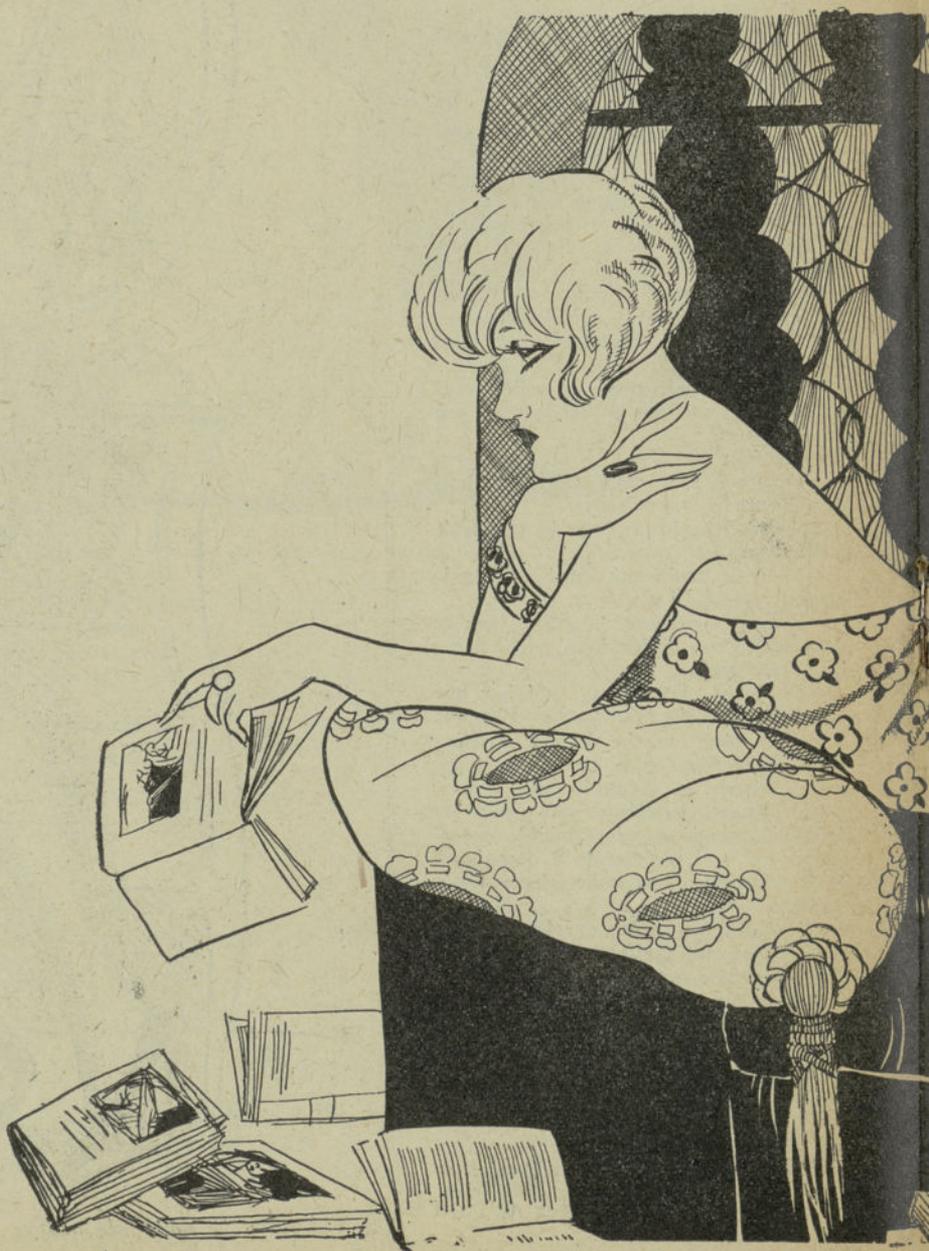
La señal eficaz e inequívoca, es el momento de hurgarse las narices, o el de rascarse; ahí es donde está el toque del buen gusto más en peligro que en ninguna otra función de nuestra vida, como no sea el inaguantable de que le pisen a uno un callo, en cuyo caso es de vigor el martillazo en los vacíos.

Hay quien se hurga la nariz con tan desenfrenado empeño, que sé de más de un caso de muerte repentina, por haberse llegado el hurgador, con la uña, a la masa encefálica, produciendo graves trastornos en sus familias con el incidente de su muerte. Y eso está mal.

Por el contrario, hay personas distinguidas que ponen en práctica este procedimiento que voy a exponer a la consideración de mis lectores:

Llévese en la cartera un peque-

ño sacacorchos. Cuando ya el picor o la corpórea molestia no se puedan combatir con ligeros tironcitos de la *napia*; nerviosos frotamientos en el arranque de la nariz como esos frotamientos que se hacen los que usan lentes, o dándose unos cariñosos papirotazos; cuando todo eso fracasa, se saca el pequeño sacacorchos y con su ayuda, y adecuado uso, libraréis a vuestra nariz de la molestia que os intranquilizaba. Y las personas que os vean ejecutar la extracción por ese procedimiento,



UNA OPINION DEMASIA

—¡Decididamente no encuentro mi caso en ninguna novela!... Estos novelistas amorosos

os darán el dictado de elegantísimos. ¡Creo que estoy quedando como los propios geranios!

En la lección de rascado estoy seguro de patinar fracasado, porque esa lección es de alivio. No creo que nadie ni aún el escritor más fácil y habilidoso, saliera limpio de la suerte, al dar esta lección de rascado, pero repito que para mí las cosas más difíciles se convierten en fáciles juegos infantiles.

Será muy mal visto, casi con vista extraviada, que se rasquen us-

tedes la *pelota* con ambas manos rascando con las ocho uñas y llenándolas de la porquería que solemos tener en la cabeza. Eso está feo y además si se ahonda violentamente se llega a arañar el cuero cabelludo.

Deben efectuar el rascado de cabeza con un sólo dedo; mejor dicho con una sola uña, que es lo elegante.

El rascado de otras zonas del cuerpo tiene su sistema independiente, y según la porción que ras-



—¡Pero por qué le tienes ese horror al matrimonio?

—¡Es muy molesto!... Además le llaman a una adúltera en seguida!...

Dib. de Margenat.



quemos, debe ser a *uña* o con suaves pellizquitos y no estaría de más con fuertes frotaciones.

¡Claro está que no todo se puede rascar así, de cualquier manera! A veces todo el cuidado es poco.

INCÓRDIEZ.

Arbitro de elegancias.
(Se compran botellas y sifones.)

EL "ALMANAQUE DE LOS BAILES" SERA ALGO VERDADERAMENTE DIVERTIDO Y CURIOSO.

¡PRONTO!

FOTOGRAFÍAS GALANTES. RARAS
Hermosas colecciones

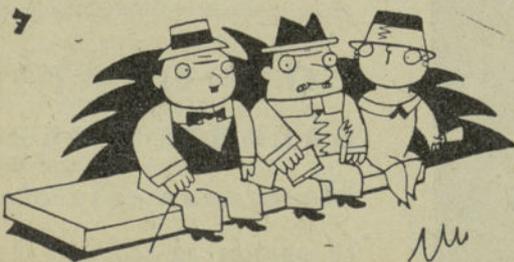
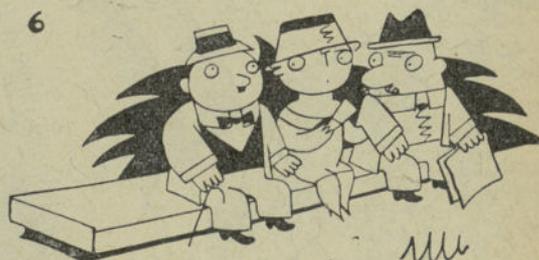
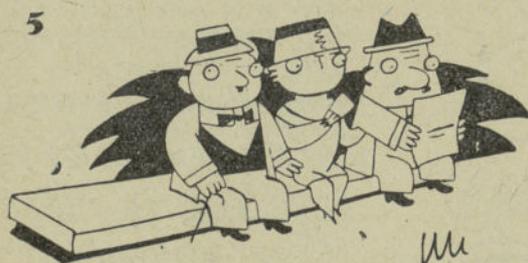
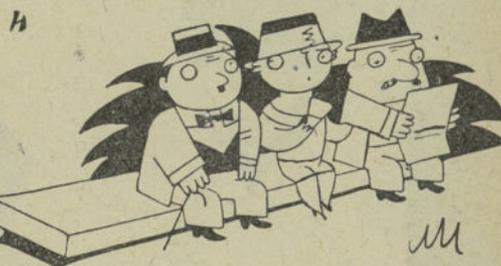
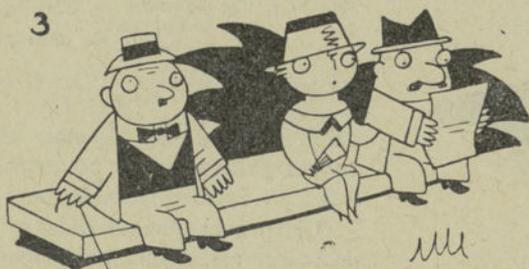
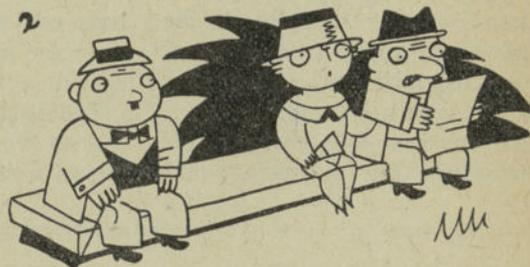
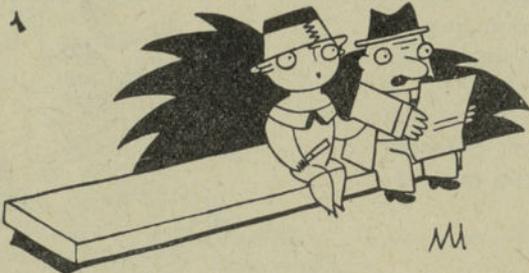
10 pesetas en sellos de Correo
Escribid a Excelsior, Poste Restante Central

BORDEAUX (FRANCIA)

BIADO ABSOLUTA, por Picó.

osos, que dicen conocer a la mujer, no han intimado más que con la criada.

LOS "CARA DURA", por Mihura



—¡Caballero! ¿Por quién me toma usted? ¡Esas cosas no se las hago yo más que a las mujeres!



Razonando

POR

MIGUEL SANTOS

Estos días pasados he sufrido una contrariedad. Un disgustillo sin importancia. Figúrense ustedes que yo tenía un novio. Una obrerita de diez y siete primaveras. Hemos sido novios, un año. Nos hemos besado, nos hemos frotado las manos, ella me ha dicho "nene" repetidas veces y yo la he llamado "vida" con frecuencia.

Pero esta novia, un día me dijo una cosa, mientras bajaba los ojos avergonzada y lloraba mucho.

Me comunicó un desarreglo fisiológico que tenía y del que solo yo, era el culpable.

Yo entonces, me puse muy serio y la prometí preocuparme del asunto.

Efectivamente, a la tarde siguiente tomé un tren para Valencia y allí me pasé dos meses jugando al ajedrez con un amigo.

Pero a mi regreso, ella me buscó. Una mañana nos encontramos en la calle. Y muy pálida, muy seria, muy triste, me dijo que sus desarreglos continuaban. Y que, o me casaba con ella o se suicidaría.

Yo me disgusté mucho al oír estas tremendas determinaciones. No me parecía lógica ninguna de las dos y así se lo dije.

Mi novia insistió. Dijo que era la única manera de arreglarlo. Que era lo único que se podía hacer ya. Que ella era una mujer honrada y que esos casos siempre se solucionan de esas dos maneras. Con la boda o el suicidio. Era lo indicado.

Intenté disuadirla de sus propósitos. La hice ver, que el que ella fuese muy honrada, no era razón para que que yo me casase con ella. Que yo no podía casarme porque ganaba poco dinero y porque me molestaba mucho tener que comprar un perchero y cacharros para la cocina. Que esto lo encontraba ridículo.

Ella llorando me pregunto que si no podía casarme para que la había seducido.

A esto le di la razón y la repuse que no lo volvería a hacer más.

Entramos en un café del barrio en donde había dos curas, un señor extranjero leyendo "Le Journal", y un bohemio garrapateando sobre unas cuartillas. Lo único que faltaba en aquel café para darle más ambiente, era la parejita de enamorados que discuten, y por eso entramos nosotros. Era nuestra obligación de buenos ciudadanos.

En cuanto estuvo sentada, ella lloró con más fuerzas y me dijo que yo era un traidor, un mal hombre y que me despreciaba.

Yo oía todo aquello muy asombrado. La dije que no tenía derecho a insultarme después del lío en que me había metido.

Y como mi novia replicase que únicamente yo tenía la culpa, le contesté que no era cierto. Y agregué todo esto:

—Igual eres tú de culpable que yo. Igual derecho tienes tú a despreciarme que yo a despreciarte a ti. Yo un día te dije que te quería. Tú me contestastes que también me apreciabas. Yo te dije que desde que había tenido la dicha de verte había quedado prendado de ti. Tú me respondistes que también cuando me viste por vez primera te había sido muy simpático. Luego me llamaste varias veces "mi vida". Yo en compensación te llamé "nena querida" repetidas veces. Un día me regalastes una cartera. Yo, al siguiente, un abanico. Otro me distes un retrato tuvo donde estabas muy fea, con toda la boca torcida, con una dedicatoria que decía así: "A mi muñequillo de mi alma, su Pili". Yo inmediatamente

te ofrecí otro, más horroroso aún, con estas líneas en el respaldo: "A mi chatilla de mi corazón, su Muñequillo". Las dos dedicatorias eran igualmente idiotas. Nuestros obsequios, y nuestras palabras, y nuestros gestos, se repetían como reflejados en el azogue de un espejo. Un día, me dijistes que a ti te gustaban los langostinos. Yo te confesé que me gustaban los callos a la madrileña. Una vez, me escribistes una carta que decía así: "Querido Pirraquillas: Esta tarde no acudas a la cita, porque mi madre se ha empeñado en que vaya con ella al "cine" y no tengo más remedio que ir". Yo otra vez te escribí una tarjeta en donde se leía: "Querida Píllilla: Esta tarde me es imposible ir a buscarte, porque tengo que hacer unos asuntos urgentemente". Yo sabía que tú no ibas a la cita, porque aquella tarde hacía mucho frío y no tenías abrigo que ponerte. Tú sabías perfectamente que la causa de que yo no fuese a buscarte es que no tenía dinero ni siquiera para acompañarte en el tranvía.

Los dos nos enañábamos recíprocamente. Una tarde yo te di un beso y tú me distes otro. Después los besos fueron más largos y un día sucedió lo que tenía que suceder. Yo te seduciría con palabras, si es que se puede llamar seducir a exclamar durante diez minutos: "Nena", "Cora-



—¿Estás preocupada?

—Es que ahora no me acuerdo de si ha sido a Luis o al conde al que he citado para esta tarde...

—¡Pues ya se presentará el que sea!

—Pero no es igual. Si ha sido a Luis tengo que comer antes.

Dib. de Margenat.

zón". "¿Quién te quiere a ti?" "¡Mi vida!" "Estoy loco" y "Te quiero". Pero tú me seducistes con tu carne. Nos seducimos los dos igualmente. Cada uno con sus armas. Sin embargo, ahora dices que solamente yo tengo la culpa. La ley te da la razón. A cualquier persona sentimental que se lo digas se pondrá de tu parte. Esto me disgusta mucho y me contraría extraordinariamente. No es lógico.

Ella siguió llorando y siguió llamándome mal hombre. Luego dijo que lo que me debía hacer era matarme, pero que le daba tanto asco que prefería matarse ella, y con ella el hijo que llevaba en sus entrañas.

Yo, al oír esto, la respondí que yo era un caballero, y que si tenía un verdadero interés en que uno de los dos pereciera, perecería yo.

Mi novia contestó que no, que se mataría ella.

Insistí en lo contrario. Volvió ella a rehusar.

Entonces yo cansado de esta estúpida discusión, la dije que hiciera lo que le pareciese más conveniente. Y que después de todo era más bonito que se matase ella, pues esto es lo que se hace en todas las novelas.

—¡Eres un canalla!—me dijo con ira.

Y entonces yo me enfadé mucho.

—No es cierto—grité—. De serlo alguien lo serás tú. Nosotros íbamos andando y hemos tropezado. Y al tropezar nos hemos dado un golpe. Un golpe sin importancia. Íbamos los dos distraídos. Los dos con la cabeza vuelta. Y como comprendimos que era de los dos la culpa, nos dimos la mano y seguimos tan amigos. Más amigos aún, si cabe. No obstante, al poco tiempo, y a consecuencia del golpe se amorata tu carne en un cardenal. Y entonces me riñes y me recriminas. Me insultas. Y esto no es justo. Es tu darne, tu epidermis, la que tiene la culpa. Si era tu carne tan frágil, tan delicada, debías haber tenido cuidado de, al andar, no ir con la cabeza vuelta.

Esto del golpe y del cardenal la gustó mucho. También el camarero, que le había oído, me felicitó. Yo di las gracias emocionado.

—Tienes razón—dijo mi novia—. Yo iba distraída. Tú no tuviste la culpa. Pero ¿ahora, qué hago? Me echarán de mi casa al verme en este estado.

—Pues vete de tu casa antes de que te echen.

—También es verdad. Así me ahorro escenas. Pero ¿adónde me voy? ¿Qué hago?

Pensé un rato. Al cabo dije:

—Métete a tanguista. Tú tienes



La hermana mayor.—¡No, vidita; no te convienen las relaciones con un hombre que escribe sin ortografía!

—¡Pero mujer; eso en el cine no se nota!

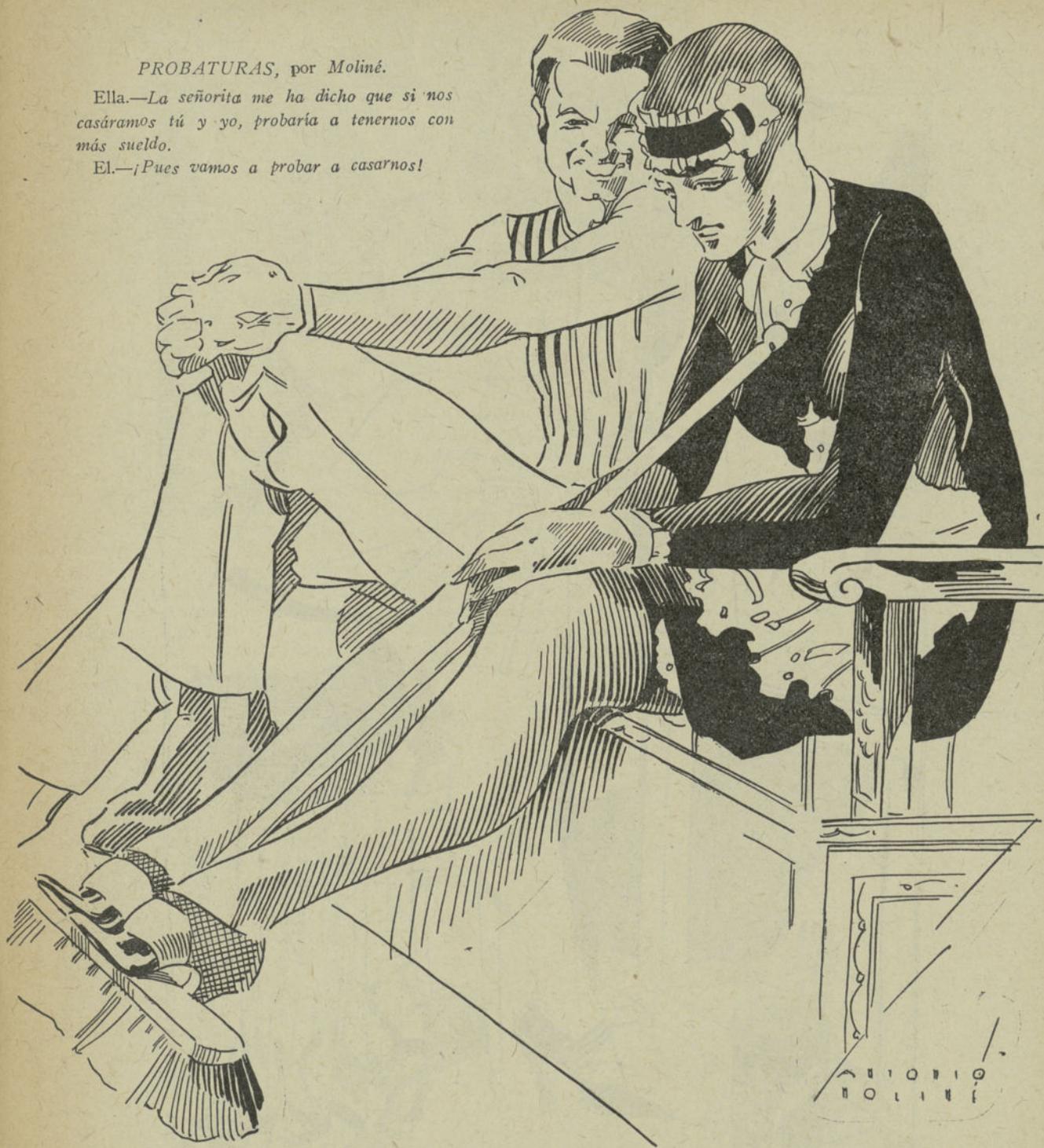
Dib. de Picó.

Un poco de paciencia, poca, para las Postales de Demetrio y Picó. Un poco de paciencia, poca, para FRIVOLA

PROBATURAS, por Moliné.

Ella.—La señorita me ha dicho que si nos casáramos tú y yo, probaría a tenernos con más sueldo.

El.—¡Pues vamos a probar a casarnos!



poca conversación. Eres tristonca. No sabes bailar apenas, y tienes un excelente apetito. Serás la tanguista perfecta. En un cabaret estarás muy bien. Además puedes contar a los parroquianos esto que te ha pasado conmigo y a la gente le gustará mucho. Al chico, cuando nazca, lo conservarás a tu lado. Cuando salgas por las mañanas lo llevas contigo al Re-

tiro. Esto hace muy bonito y muy interesante. Te saldrán numerosas conquistas.

—Es verdad. Tienes razón.
Y mi novia se metió a tanguista.

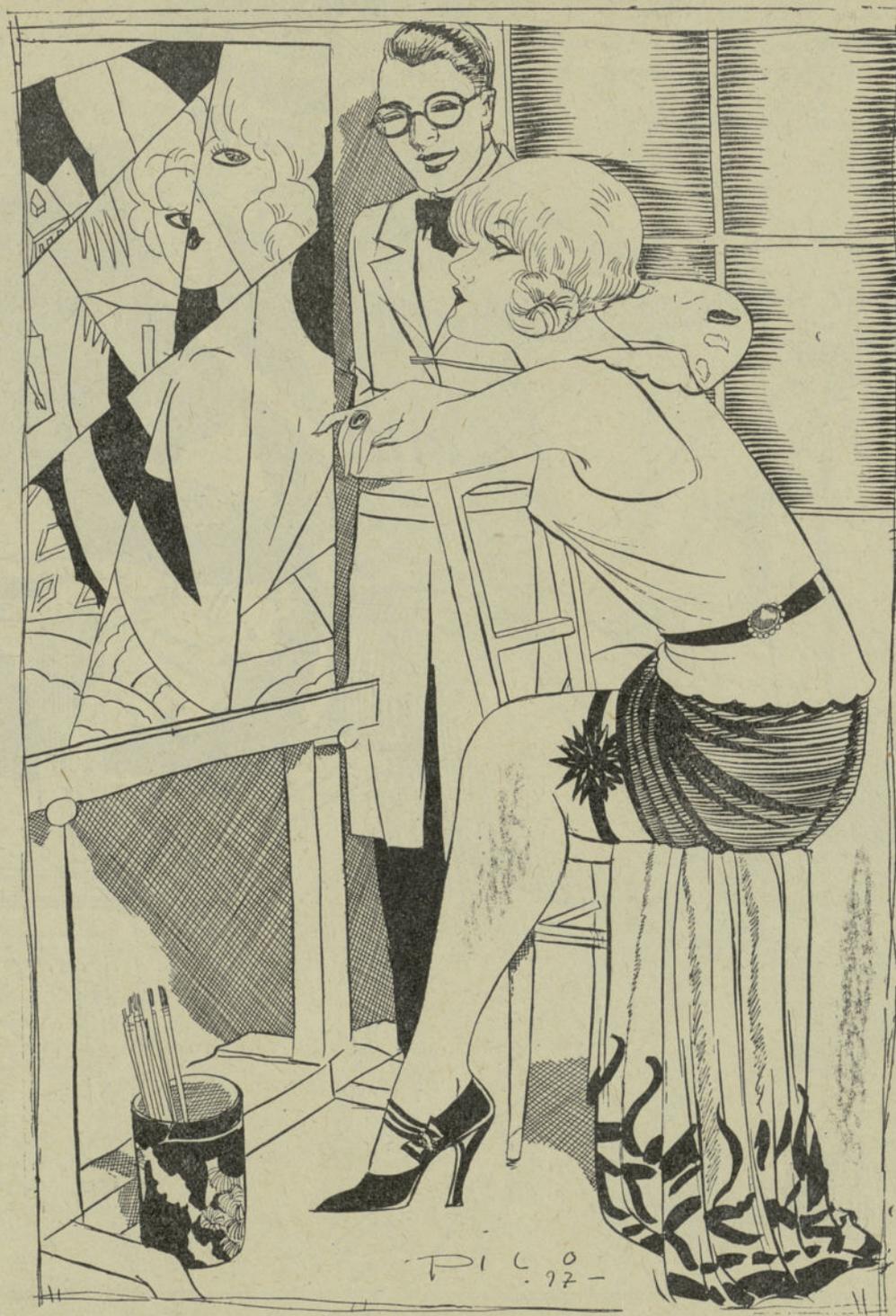
* * *

Son las ventajas de razonar. Si yo no le hubiera dicho lo del golpe y

lo del cardenal, a estas horas mi novia se hubiese tirado por un balcón y a mí me llamarían asesino.

¡Estas mujeres no hacen más que deshonrarle a uno!...

(Ilustración de Mihura, que por cierto no tiene nada que ver con el artículo, pero que hace muy bonito.)



Ella.—¿Y dices que este es mi retrato?

El.—¡Pues naturalmente!

Ella.—Pero será después de un accidente ferroviario...

Dib. de Picó.



Un juicio de Sancho Panza

Cuando Sancho Panza fué gobernador de la famosa ínsula Barataria, entre los muchos sucesos que en ella le acaecieron y que Cervantes nos dejó narrados tan maravillosamente, hubo uno que se escapó al inmortal cronista y que nosotros hemos encontrado, burdamente expuesto, en unos viejos infolios amarillentos por el tiempo. Y fué el tan suceso de la siguiente manera:

Hallábase cierto día el gran Sancho Panza repantigado en su sillón administrando justicia. Llevaba despachados innumerables asuntos muy a satisfacción de su conciencia y de sus vasallos, y se disponía ya a dar por concluida la audiencia, cuando he aquí que, ante su estrado llegó de súbito una mujer, que traía agarrado y zarandeando a un hombre: —¡Justicia, señor gobernador, justicia! —clamó la mujer a grandes gritos.

Sancho Panza miróla, remiróla y aún volvió a mirarla otra vez. La mujer era una hembra bastota, fornida, recia de miembros. Traía los cabellos negros desreñados sobre los hombros, la boca espumarajante de rabia, los ojos pardos enloquecidos en las hondas cuencas y todas las magras carnes trémulas de indignación bajo los vestidos. Sus manos, como garfios ganchudos, asían del hombre y le sujetaban ferozmente. Tras de contemplar a la mujer, Sancho Panza consideró al varón. Y vió a un hombrecillo con rostro de infeliz, bajo de estatura, patizambo, todo el semblante enmascarado con una abundosa barba algo gris, que le caía como una vaharada de niebla hasta el pecho.

—¿Quién sois, mujer, y qué queréis?— dijo, al fin, el magno gobernador.

La mujer, entonces, sin soltar su presa, expresóse así:

—Me llamo, señor gobernador, Aldonza Migueláñez, soy hija de Francisco, el buhonero, difunto, y de Isabel, su esposa, a quien llamaban por mal nombre la Piporra. Digo llamaban, señor gobernador, porque también murió la pobre. La muerte a nadie perdona. Para su guarda lo mismo es el preste Juan de las Indias que la Piporra y vos, señor gobernador, que este mal hombre.

—¿Quién es éste mal hombre según

vos le apellidáis?—inquirió el gobernador.

Fué el hombre a contestar, pero no lo consintió la mujer. Aumentó ésta, por el contrario, sus zamarreos para impedirle que hablase, mientras ella se explicaba por él en los siguientes términos: —Este hombre o este bicho, que la peste corroa, es llamado Juanico el componedor. Va de calle y de plaza en plaza lañando tinajas y artesones componiendo platos y fuentes y arreglando sartenes, velones y calderos. Ha de saber vuesa merced, señor gobernador de mi ánima, que no hace muchos días, porque así lo quiso mi malaventura, se me rom-

pió una olla. Pensaba yo adobar en ella unos chorizos y no podía ser mientras la olla estuviere rota. Así, pues, esta mañana, cuando me encontraba haciendo encaje de vandas en mi ventana, sentí de pronto la voz de este hombre. No se la puede confundir con otra: gañe que parece un gato. Y, además, menos todavía se puede confundir su cara; porque, al vocear, desgarró la boca hasta las orejas, tuerce los ojos y los pone en blanco, como si el chillar así le causase un deleite inexplicable. Fuí yo, cuitada, y lo llamé: "Oye, Juanico, ¿cuánto me llevarás por componerme esta olla?"—le dije mostrándosela. Y él, mirándola y mirándome luego a mí (que ya desde el comienzo, por lo visto, le engolosinaba mi persona), me contestó: "No t'apures, mochacha. Te llevaré lo que sea de razón y no reñiremos". Yo, entonces, confiada, lo metí en casa. Sentóse el truhán en el suelo de la cocina y principió su tarea. Mientras Juanico le daba a sus trebejos, dime yo a varias ocupaciones sin curarme de él para nada. Puedo jurarlo, señor gobernador, puedo jurarlo. Arreglada estuvo, al fin, la olla. Fué este hombre y se levantó y acercóseme riendo y dándole vueltas y más vueltas a las manos. Hallábame apoyada de espaldas contra la pared. Juanico me dijo sin dejar su risa odiosa de casi muerto: "Ya compuse la olla, mochacha. Tapados fueron todos sus agujeros. ¿No queda por ahí algún otro agujerico que cegar?..."



Y, sin esperar mi respuesta, asíome fuertemente y allí mesmo quedó consumada mi desventura... ¡Que en esto haya venido a parar la hija de mi madre!... ¡Justicia, señor gobernador, justicia!...

En cuanto acabó estas palabras, saltó a Juanico para enjugar sus lágrimas a pleno delantal, pues había empezado a llorar como una docena de Magdalenas y a berrear como otra docena de becerras de garganta expédita.

Quedóse Sancho contemplándola y luego dirigióse al hombre diciéndole:

—Y vos, Juanico del demonio ¿qué alegáis en vuestra defensa? ¿Fué así como lo cuenta esta mujer?

Juanico, humillados los ojos y torturando su montera entre las manos, le respondió:

—Fué así, señor gobernador, fué así; pero algo hay en descargo mío y es que, mientras yo arreglaba la olla, esta mujer, que pudo dejarme solo con mi trabajo, prefirió hacerme compañía y andar de acá para allá y subir a esta silla y trepar a una mesa y colgar esto y descolgar lo otro, de tal forma que, con tantas subidas y bajadas, me enseñaba las piernas, me adelantaba retador el busto, marcaba adrede las posaderas, y toda ella se reconcomía y estirizaba con mil pos-



PUDOR COMO HAY MUCHO, por Molineux.

¡Hay, qué vergüenza; ahora me acuerdo de que llevo las ligas del corsé un poco rozadas!... ¡Y con este viento!...

turas turbadoras. Andá el diablo suelto por el mundo, señor gobernador, y el maldito, encalabrínandome los sentidos, consiguió hacerme apetecible a esta arpía. Fuíme, pues, a ella y juro que la mochacha no puso gran empeño en su defensa. Quiero que sepa también, señor gobernador, que desconozco a quien se llevara la flor de la moza; a mí sólo me tocaron las espinas.

—¡Calumnia, señor gobernador, calumnia de este hombre calamitoso!—bramó la Aldonza—. Yo estaba esta mañana como nací.

—Estaba lo mismo que su madre—rearguyó el componedor.

Con lo que la mujer, sin poder sufrir aquello a manos quietas arremetió contra Juanico a puñadas y coces, contra las cuales no podía defenderse.

El gran Sancho Panza, después de unos momentos, asestó un formidable puñetazo sobre la mesa, que terminó la paliza y, encarándose, con la mujer, le dijo:

—¿Qué exiges de este hombre entonces?

—Exijo—respondió ella esponjada de satisfacción—, que se case conmigo. Así reparará su desaguisado.

—Antes, señor gobernador—imploró Juanico, arrojándose a los pies de Sancho Panza—, antes bogar en galeras o morir, si es preciso.

Sancho quedóse mirando a los litigantes de hito en hito un buen espacio, fruncido el entrecejo, meditabundo. Al fin, habló de este modo:

—Vos, Aldonza, id en paz a vuestra casa y no queráis bromear con la justicia. Y no me repliquéis o, de lo contrario, voto a... que os acordaréis de mí.

Salió la mujer hipando de angustia, con los ojos relampagueantes de rabia. Luego Sancho dijo al hombre:

—Y vos componedor del diantre, huid de este lugar y mirad en adelante que el divertirse con mujer es cosa para no acometida tan de súbito... Pudiera ser que otra vez no libraréis tan bien de la aventura...

El hombre escapó como si le naciesen alas en los talones.

Quedóse Sancho rodeado de sus alguaciles, del maestresala, del mavordomo del Duque, otorgador de su gobierno, y del ramoso doctor Pedro Recio de Tenteafuera, que a poco más lo matara de hambre. El doctor expresóse de esta manera:

—No por censuraros, señor gobernador, de lo que Dios nos libre, sino por curiosidad solamente ¿podríais decirnos en qué os fundásteis para dejar marchar a ese hombre horro de toda pena?

A lo que Sancho, sonriendo con su ríea cocarona, le contestó:

—Visteis como yo mismo al hombre y a la mujer ya aún preguntáis!... Ella es alta como una torre: él es bajo como un chamorra... ¿verdad?...

—Confieso que así es, señor gobernador—le replicó el doctor.

—Pues entonces, Pedro Recio de Tenteafuera, siendo esto así y estando ambos

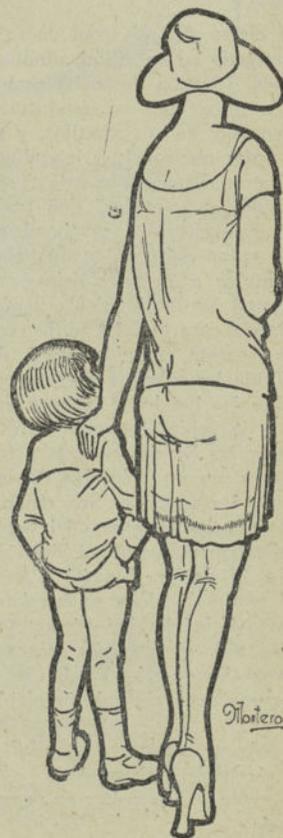
de pie, según sus declaraciones ¿cómo pudo acaecer el hecho sin su propia voluntad y deseo?...

Todos los circunstantes se maravillaron de la agudeza del gobernador y le felicitaron por la sentencia, muy efusivamente, mientras el malpocado bostezaba de hambre...

He aquí, lectores, el suceso que acaeció a Sancho en su insula y que Cervantes desconociera sin duda. Por eso, aunque sea irreverencia, hemos debido contarlos ahora nosotros.

JOSÉ A. LUENGO.

El "Almanaque de los bailes" estará jamón y un poco de ternera con guisantes.

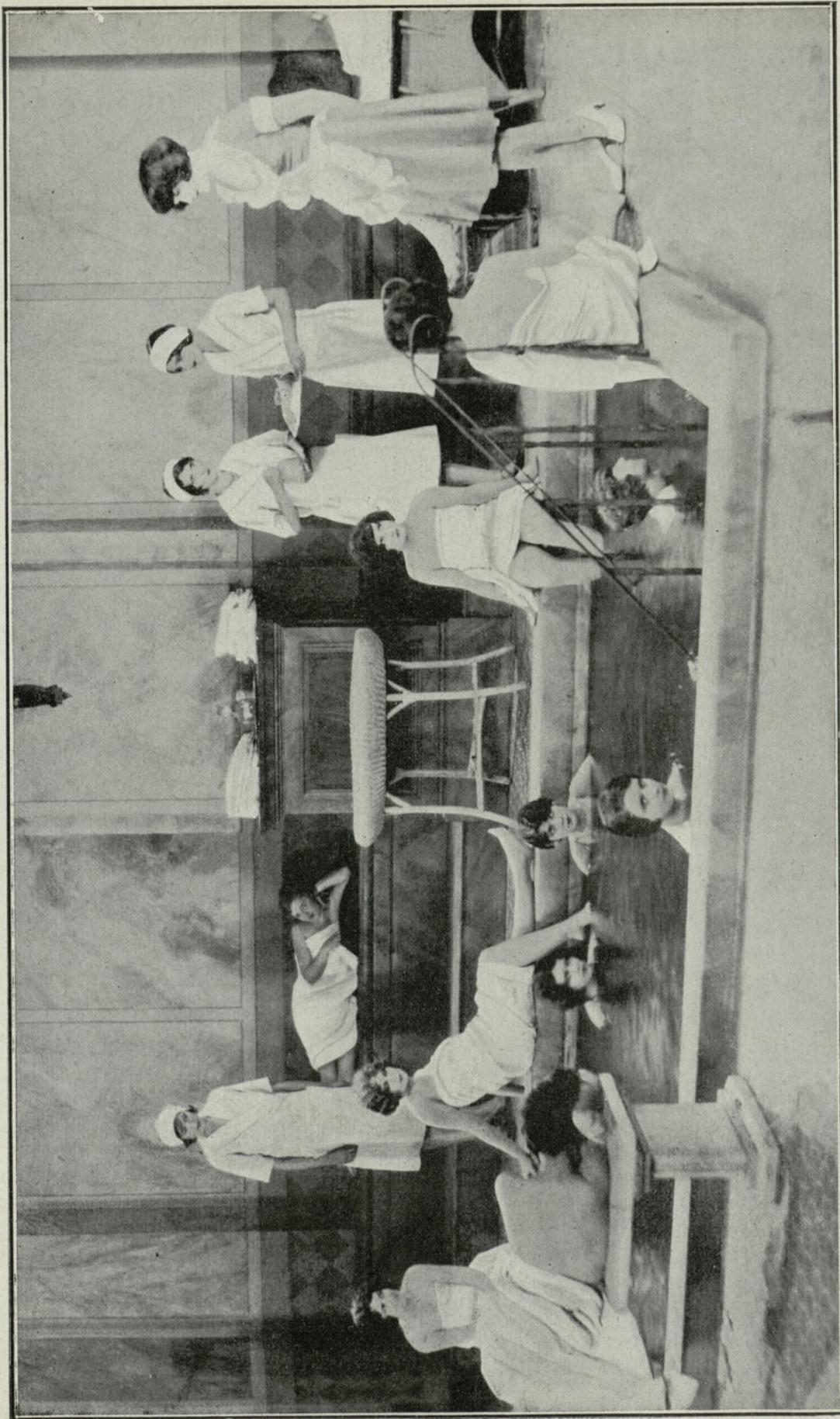


INGENUIDAD, por Montero Bosch.

—Este papá de ahora debe ser confitero porque me trae muchos caramelos ¿Verdad, mamita?

—Sí, vida mía.

—¡Tengo unas ganas de tener un papá conductor de tranvía para que me deje apretar el freno!...



Las mujeres norteamericanas son tan cuidadosas del embellecimiento de sus cuerpos bonitos, y tan amantes de la hidroterapia, que en cuanto se juntan cuatro norteamericanas se funda una piscina de natación y recreo. Aunque aquí hay demasiadas señoras para tan poca piscina. ¿O no?



Las piernas de una célebre bailarina, cuyo nombre daremos en el próximo número.

Foto Walken.